

Editorial

Esta revista es un instrumento de poder. Representa los valores e intereses de la cultura occidental contemporánea en cuanto a investigación, educación y divulgación. Aunque cubiertas por un velo de honestidad, objetividad e imparcialidad científica, las publicaciones universitarias, como cualquier otra, son mercancía: su formato físico y la estructura de sus contenidos son el resultado de un proceso largo de adaptación al mercado editorial del capitalismo contemporáneo, del cual forma parte, por supuesto, el capital del conocimiento producido en las universidades públicas. Como todas las instituciones de nuestra sociedad, las universidades tienen una agenda clara cuyo primer objetivo es el crecimiento ininterrumpido de la productividad y el consumo. Buscan y deben unirse a los proyectos de las grandes empresas públicas y privadas, al poder, y deben incorporar exitosamente a sus egresados a esas empresas. Históricamente, los productos de nuestras disciplinas —edificios, ciudades y, en tiempos más recientes, objetos y paisajes— se insertan con más o menos éxito en las estructuras del mercado que representan al poder.

Foucault nos enseñó que todo —o casi todo— es expresión de dominación. La arquitectura, como todas las expresiones de nuestras sociedades y de nuestras culturas, expresa también las relaciones de poder en las que estamos sumergidos, inevitablemente. Incluso se podría decir que, por su propia naturaleza, la arquitectura expresa estabilidad, fuerza y permanencia de la acción del hombre sobre el territorio, por lo que intrínsecamente, ante la sociedad, la arquitectura es una expresión de poder sobre el mundo material.

Por el alto costo material y laboral de los edificios, desde el proyecto, en las negociaciones con los patrocinadores, durante la construcción y en cada decisión material, en la forma en la que es promovida o presentada en los medios, hasta su rol y su presencia o ausencia en los discursos históricos, la arquitectura puede ser leída en su relación con el poder.

Los regímenes políticos —totalitarios o no— se han valido de la arquitectura para expresar ciertos ideales con los que desean ser asociados. Como medio de comunicación, la arquitectura le permite al poder dar el mensaje adecuado para seducir, impresionar o intimidar. La monumentalidad y la pesadez (típicas del clasicismo y de muchas de las culturas prehispánicas) y su cualidad de permanencia (en la mayor parte de los casos) han funcionado casi de forma perfecta para expresar y perpetuar los ideales de grandeza con que nuevos gobiernos desean ser relacionados. El neoclásico comunicaba —o comunicaba— orden, solidez, estabilidad y un sentido de belleza tradicional (lo que implica cierta confianza en la experiencia), atributos propios de la imagen que cierto tipo de gobierno quiere expresar. Aunque, vale aclarar, no necesariamente lo que un Estado quiere comunicar es cercano a la realidad, el pesado pabellón mexicano en Osaka 70 escondió la realidad de un país fragmentado, aunque también mostró la fuerza de un Estado que era capaz de asesinar a la población civil en descontento; este año cumplimos 50 años de los trágicos eventos del 68 en Tlatelolco, y seguimos presenciando eventos similares (como el de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa en 2014). Sería interesante reflexionar sobre cuáles serían las características físicas arquitectónicas que comunicarían los atributos del tipo de gobierno que buscamos.

Al observar las historias de la arquitectura y la ciudad, podemos reconocer que la mayoría de las obras y autores descritos en ellas han estado totalmente comprometidos con aquellos que han detentado el poder; algunas veces, estas obras se han justificado con discursos conservadores, y otras, con discursos “progresistas.” De hecho, salvo muy raras excepciones, estas historias han sido escritas desde la perspectiva del poder y en ellas se han perpetuado los intereses, valores y objetivos de quienes controlan la sociedad; en el caso de las democracias, los que poseen, controlan e intentan

reforzar el capitalismo contemporáneo. Vivimos en supuestas democracias en donde las decisiones se toman para beneficio de la colectividad, sin embargo, sabemos que en realidad son quienes poseen el gran capital los que deciden en su propio beneficio. Las edificaciones tienen que ser rentables, costar poco y producir muchos dividendos.

En la modernidad, desde Haussmann y sus transformaciones del París del siglo XIX hasta Brasilia y nuestra Ciudad Universitaria, los Estados-nación (de la mano de grandes compañías) han utilizado a la arquitectura y la ciudad para dejarles muy claro a las sociedades que gobiernan (y controlan) la forma en que deben mirarse a sí mismas y cómo deben ser comprendidas por los otros. Estos discursos del poder se expresan y reproducen en los medios impresos y electrónicos, sofisticados dispositivos tecnológicos de expresión y divulgación de una forma particular de ver y controlar el mundo a través de interpretaciones particulares que satisfacen a intereses muchas veces ajenos a lo disciplinario. Estos discursos han dado forma a nuestras identidades y definido nuestro lugar en el mundo, aún a pesar nuestro.

Sin embargo, si esta es nuestra realidad también hay que comprender que como no todo es blanco o negro, a pesar de ser representaciones del poder, existen cualidades positivas en las ciudades creadas bajo la lógica del control y del poder. París, Brasilia y la Ciudad Universitaria de la Ciudad de México no son lugares inhóspitos donde la vida cotidiana no pueda desarrollarse a plenitud. En el caso de la última, incluso se ha consolidado como un espacio de libertad en el que la sociedad se puede expresar abiertamente.

Hubiéramos querido hacer un análisis detallado de la forma en la que se maneja el poder arquitectónicamente, para quienes viven cotidianamente en los espacios, cómo se controla y se vigila en los espacios domésticos, a pequeña

escala, y cómo se dominan al paisaje y a la naturaleza. Recibimos, en cambio, una variedad de propuestas en torno al poder como expresión política en el manejo del territorio y en el uso del espacio público. Los arquitectos, urbanistas, diseñadores industriales e, incluso, los arquitectos de paisaje necesariamente expresan una visión del mundo, sus valores, mentalidades y principios, los cuales, en la actualidad, representan los objetivos del capitalismo y los medios contemporáneos. De acuerdo otra vez con Foucault, ninguno de nosotros puede escapar de ellos. Pero, al menos en teoría, desde las universidades se pueden reconocer las pequeñas fisuras del poder, desde las cuales se pueden plantear propuestas para resistir al poder, para modificar los rumbos que define. En esos rumbos, efectivamente, los intereses de la mayoría no son contemplados (no somos contemplados), más que para perpetuar el sistema de consumo en el que tenemos que producir y comprar mercancías de forma permanente. Sin embargo, cabría preguntarse si las críticas posibles desde la academia y todo lo que surge de nuestras disciplinas no son también productos y mercancías necesarios para el capital. O incluso si detrás de los discursos moralmente correctos de —por ejemplo— la recuperación del espacio público, participación ciudadana y sostenibilidad que empiezan a inundar los medios contemporáneos (incluido éste) no estará operando la maquinaria del capital y el poder. Todos estos cuestionamientos contribuyen a la estimulante y desconcertante atmósfera de incertidumbre y confusión en la que vivimos en la modernidad.

Cristina López Uribe